



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS DIBUJANTES
DANIEL PEREA



Daniel Perea es artista
de mérito excepcional,
y el primer propagandista
de la fiesta nacional.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Seguidillas, por José Estremera.—Aprende de mí, por Juan Pérez Zúñiga.—Apellidos, por Eduardo de Palacio.—Amiga mía, por Simón Delgado.—Rima, por Manuel Soriano.—De vuelta de París, por Frey Canali.—Quisicosas, por Ramón Caballero.—Soneto, por Francisco López Van-Bauntherghen.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Daniel Perca.—Invierno.—Un filósofo, por Cilla.



¡UÉ! ¡Qué frío hace!

El mes de Noviembre se despide de nosotros dejándonos una temperatura de dos grados sobre cero.

Los transeuntes que andaban por ahí agitando los brazos á su sabor y moviendo la cintura con cierta elegancia, para dar á entender que éste es el país del salero, recorren hoy las calles de prisita, con las manos metidas en los bolsillos, el cuerpo echado hacia adelante y la nariz cubierta por el embozo de la capa ó el cuello peludo del gabán.

Se ha inaugurado la época del brasero, y en muchas casas se oyen diálogos como éste:

—Bonifacia, ¿hay cisco?

—No, señora.

—Pues ármalo.

—¿Cómo?

—Quiero decir que vayas por él. Dile al carbonero que nos gusta gordo.

En las casas elegantes los señores consultan el termómetro y hacen un gesto de desesperación.

—¡Siete grados! ¡Esto es horrible!

—Es natural—dice la señora.—Has puesto el termómetro en la sala, donde no estamos nunca. Llévalo á la cocina, y verás cómo el pobre está más abrigadito.

Los que tienen poca ropa se desesperan, y no les faltan motivos para ello, porque ¡corre un gril!....

—Mire usted—me decía ayer un joven poeta que anda por ahí con cazadora de lana dulce,—yo tenía un gabán de pieles, pero se me secó.

—¿Cómo?

—Era de los baratos, y yo, sin saber lo que hacía, lo puse al sol; á las dos horas se le había caído todo el pelo.

—¡Hombre!

—Luego supe que estos gabanes baratos se venden verdes, y en cuanto los calienta usted un poco, se deshacen.

Huyendo del frío, la gente se refugia en los tranvías, y el que consigue un asiento, puede considerarse feliz.

Hay señoras irritables que no se conforman nunca con su suerte, y cuando entran en el coche y no encuentran sitio donde sentarse, comienzan á gruñir y á deshacerse el nudo de la mantilla con desesperación.

—¿Qué poca galantería tienen algunos!—exclaman furiosas, aludiendo á los viajeros que permanecen sentados.

—¡Por Dios, mamá!—dice la señorita que acompaña á la señora irascible.—Te van á oír.

—Eso quiero yo: que me oigan, para que se les caiga la cara de vergüenza. Escuche usted, cobrador: nosotras no podemos ir así, pendientes de las correas del techo, como la carne de vaca. Ha debido usted decirme que no había asiento, y nos hubiéramos bajado.... porque ésta es una falta de educación, tratándose de dos señoras, y sería más natural que fuesen de pie los caballeros. ¿Qué necesidad tengo yo de ir metiéndole el manguito por los ojos á este señor, con quien no tengo la menor confianza?

—Es lo mismo—contesta el interesado, sin abandonar su asiento.

—¡Ay, hijal!—sigue diciendo la señora.—Yo aborrezco los tranvías sólo por esto. Si tu padre viese cómo vamos, tendría un gran disgusto, porque ésta no es postura decente para unas señoras.

—¿Qué le hemos de hacer?—contesta la niña.

—Procura no caer de bruces sobre ninguno de los viajeros, no por nada, sino por tí misma. ¡Ay! ¡Qué falta de educación tienen algunas personas!

Es muy frecuente tropezar en los tranvías con señoras así, que se suponen autorizadas para levantar á todo el mundo, y ni aun se dignan darnos las gracias cuando hemos tenido la galantería de cederles el asiento.

Las hay que se colocan frente á frente de un viajero y le miran con cierta autoridad de reinas transeuntes, como diciéndole: —Vaya, levántese usted, que no quiero cansarme.

El viajero se levanta acobardado, y ella, la soberana satisfecha, dejándose caer sobre el asiento, dirige una mirada de profundo desdén á su víctima, como si acabara de otorgarle una gran merced.

No hace muchas horas viajaba yo en el tranvía del barrio de Salamanca, cuando vino á sentarse á mi lado una señora con el rostro teñido de arrebol, llena de perifollos y que despedía un olor insoportable á miel de Inglaterra, de la barata.

Acompañábase un sujeto ridículo, que debía ser su esposo, y que por no encontrar asiento desocupado, permanecía de pie en el centro del coche, mirando á derecha é izquierda, como si buscara la salvación en aquellas cuatro paredes.

—Julio, ¿vas mal?—le preguntaba la esposa de cuando en cuando.

El movía la cabeza para expresar su desesperación, y clavaba en mí sus ojos de cárrero merino.

De pronto, la señora se me dirige en estos términos:

—¿No le conoce usted? Es diputado á Cortes y ha estado dos veces en candidatura para vocal de la Sociedad Económica. Habrá usted leído su nombre en los periódicos: Julio Barbarrín y Pérez. Es muy nervioso, y estoy segura de que al verse así, privado de un asiento, sufre lo que no es decible, porque está acostumbrado á ocupar siempre buena posición.... Julio, ¿vas mal?... Mire usted qué mirada me ha dirigido; yo, que le conozco mucho, sé lo que sufre en este momento.... Julio, ven aquí, que te vas á sentar ahora mismo, porque este caballero (*dirigiéndose á mí*) es muy amable, y como le he dicho quién eres, te deja el asiento con mucho gusto.

En fin, que me levanté y fui á colocarme en la plataforma, maldiciendo mi debilidad y jurando no volver á escuchar relaciones que no me interesen mucho.

Las señoras abusan, sobre todo las que viajan en los tranvías, por lo cual yo recomiendo á los hombres que se hagan los suecos, especialmente con las feas.

LUIS TABOADA.

SEGUIDILLAS

Tienes ojos azules,
ojos de gloria,
y los rubos te piden
misericordia.
(Copia popular.)

Tienes ojos azules,
ojos de gloria,
como el cielo á la tarde,
si los entornas,
y si los abres,
como el cielo sin nubes
cuando el sol sale.

Tienes ojos azules
que me dan celos,
porque frente á los míos
nunca están quietos....
¡Ay! ¡Por qué puse
mis ojos en la niña
de ojos azules!

Tienes ojos azules,
ojos de gloria....
¿Cómo, con esos ojos,
eres traidora?

¿Cómo me engañas?
¿Cómo impides que á ellos
se asome el alma?
Como el lago, tus ojos
copian el cielo,
y la copia no deja
ver lo que hay dentro;
y es el peligro
que atraen con fuerza extraña,
como el abismo.

Tus ojos son traidores,
porque me matan
ocultos en la sombra
de tus pestañas;

son dos estrellas,
y yo voy mi destino
leyendo en ellas.
De los ojos azules
no hay que fiarse,
que en el cielo se forman
las tempestades,
y de tus ojos
me abrasarán los rayos
poquito á poco.
Diré, cuando me canten
el *De profundis*:
«Me ha matado una niña
de ojos azules;
pero no importa,
que eran ojos azules,
ojos de gloria.»

Al pasar por la puerta
del cementerio,
digo: «Aquí han de traerme
sus ojos bellos.»
Y me responden:
«Aquí, por esas muertes,
no entran los hombres.»
Y es verdad; ya cesaron
mis inquietudes:
no me ha muerto la niña
de ojos azules,
por el consuelo
que he hallado en otra niña
de ojitos negros.

JOSÉ ESTREMERÁ.

APRENDE DE MÍ

Á MI AMIGO P. G.

Refrena tus instintos pecaminosos
y, evitando temores siempre enojosos,
cesa ya en tus bromitas con la Lidora
mientras esté al servicio de tu señora.

Mira que el novio que ella tiene en Trujillo es más bruto que el otro que tiene en Trillo, y el de Trillo es tan bruto como el de Oriedo, que, de bruto, á sí mismo se tiene miedo.

Ayer le visto clara tu mala idea. Cuando sirvió el almuerzo tu Dulcinea, al pasar á tu lado con una fuente, la miraste de un modo poco inocente y la diste en el codo, como al descuido, y la hiciste cosquillas.... en el vestido.

¿A qué viene ese juego y esas miradas y esas cosas tan poco disimuladas, válido de que tienes una costilla candorosa y buenaza la pobrecilla?

Si al entrar en tu casa, tras la Isidora, un día sorprendieras á tu señora jugando al escondite con el casero ó dando pellizquitos al panadero, ¿no la deslomarías de un estacazo? Pues aplícate el cuento, picaconazo.

¿Que de ello la Isidora la culpa tiene y que el más santo al verla no se contiene, porque es linda y hermosa como un lucero, y en cuanto á resalada no tiene pero?

Pues tampoco lo tiene la que hoy me guisa y me lava y me plancha y hasta me isa; pero yo soy juicioso, querido amigo, y, evitando disgustos, no la persigo.

No quiero trapicondas dentro de casa, y eso que estoy chiflado por mi Tomasa, como también lo estuve por la Ruperta, por la Rita, la Carmen y la Mamerta.

Mas, como tengo á gala ser buen marido, me contengo y las trato como es debido. ¿Por qué á mí me respeta la servidumbre? Porque nunca me han visto junto á la lumbre, y á formal á cualquiera le desafío. ¿Que alguna me camela? Pues armo un lfo, hago que la despida mi cara esposa, y fuera de la casa..... ya es otra cosa.

JUAN PÉREZ ZÚRIGA.

APPELLIDOS

Cada cual usa, no el que le parece, sino el que le toca en el sorteo.

Pero hay apellidos que llaman la atención del público.

Por ejemplo:

Vaca, ó Cabeza de Vaca, Borrego, Carnero, Cordero, Toro, Gato, León, Cabra, Guarro, Tocino, Cuervo, Condor, Conejo, y otros.

Un hombre puede llamarse Borrego, supongamos, y ser un tigre de Bengala inclusive.

Un ciudadano puede intitularse León, y ser civilizado y aun ilustrado, y cortés y demás.

Pero no conociendo al usufructuario del apellido, se siente cierta predisposición alarmante respecto al individuo.

Dirigirse á un Toro exige condiciones de bravura, que no todos los hombres poseen.

Un Conejo resulta siempre simpático para cualquier cazador.

Pero ¿quién puede adivinar lo que se oculta en un Conejo cualquiera?

Si recuerdan ustedes los años de su infancia—porque, sin adulación, indigna de ustedes y de mí, creo que todos han sido infantiles, antes de ser personas mayores;—pues bien, si recuerdan ustedes aquellos primeros hervores de la vida (y el poeta que venga detrás, que arree), también recordarán cómo y cuánto les «impresionaban» algunos nombres propios.

Yo me representaba siempre á Noé, por ejemplo, con gorra de acordeón y blusa y dominado por la *plfima*.

A Moisés, con sombrero de tres picos y toda la barba.

A Sansón, en mangas de camisa y luciendo por pecho un establecimiento de manguitería.

A Job le he visto como una especie de Perico Marquina Q. E. P. D.).

De los Reyes Magos tengo también una idea cómica.

Balaam se me aparecía viéndolo á Ramón Rosell en *La vuelta al mundo*.

He reconocido, algunos siglos después, á la casta Susana.

Y *Malenas* he visto en varios pueblos de Andalucía, por docenas.

Respecto á los reyes góticos, también podríamos retratarlos con arreglo á los datos que adquirimos en la primera enseñanza.

Aquellos conocimientos de historia prima no se borran jamás.

Ataulfo, un hombre con los pelos erizados como un gato espantado.

Wamba, un tío muy gordo y enemigo de la actividad.

Don Rodrigo, uno de esos seres infortunados que juegan y pierden, y á quien se le llevan la mujer y le roban la capa en cualquier establecimiento.

Y así sucesivamente.

Claro es que entre las fantasías y la realidad no hay punto de contacto, en varios casos.

Pero entre pedir un favor á un señor Pérez, supongamos, y pedirsele á un señor de Lobo, por ejemplo, no conociendo á ninguno de ellos, se siente más confianza en el primer caso que en el segundo.

Un Pérez parece un buen hombre, y un Lobo escama, aun cuando sea otro hombre de bien y afable.

¿Pues y respecto á los apellidos calificativos?

¿Quién dirá que Sinesio Delgado es un hombre gordo?

Nadie.

Y efectivamente, no lo es.

¿Quién dirá que yo no soy rico?

Y sin embargo, ya ven ustedes cómo me llaman.

EDUARDO DE PALACIO.

AMIGA MÍA

Como dicen que anda ahora el teatro alicaído,

y están esperando muchas personas de recto juicio que se resuelva la crisis volviendo al sistema antiguo, por aquello de que el mundo da vueltas sobre sí mismo, yo me estoy dando un hartazgo con todo lo que han escrito Lope de Vega, Moreto, Rojas, Calderón y Tirso. Claro está que así, de prisa, va resultando preñado con alfileres, y es fácil que no saque nada en limpio. Pero quiero que lo sepas,

por si te choca el estilo y crees que te escribo en broma, cuando con el alma escribo. El caso es que yo te quiero, y que te quiero muchísimo y que sé de buena tinta que eres, en lo áspera, risco; en lo voluble, veleta; en lo festiva, domingo; en lo respetada, muerte; en lo respetable, obispo;

en la belleza, querube; en lo mimosa, chiquillo; en lo impetnosa, torrente que salta sobre el abismo; mariposa, en lo pintada; fiero tigre, en el instinto; calabacín, en lo hueca; poeta serio, en lo mismo; por la estatura, girafa; por los ojos, fuego vivo; por el lindo talle, avispa; por los dientes, ratoncillo; roca, por el pecho; cisne, por el cuello alabastrino, y por lo tocada, flauta, y por lo chillona, pito.....

¿No te parece mentira que yo esté loco perdido por mujer que, en una pieza, es avispa, cisne, chico, girafa, risco, torrente, veleta, poeta lírico, pito, flauta, obispo, fuego, calabacín, angelito, mariposa, tigre, muerte, ratón y día festivo? ¡Pues sí que estoy loco! ¡Creo que ya lo habrás conocido!

SINESIO DELGADO.

RIMA

I

Cuando ayer esperaba carta suya,
con júbilo al cartero recibía,
estrechaba su mano con afecto
y le daba cigarros y propinas.

II

Han cambiado las cosas. Hoy no espero
cartas de aquella en quien cifré mi dicha,
y al pasar el cartero por mi lado,
¡ni siquiera le digo buenos días!

MANUEL SORIANO.

DE VUELTA DE PARÍS

Perdida la calidad, perdido el seso,
he vuelto de París en tren expreso.

—¡Dichosos los ojos que le ven á V.! ¡Cuánto tiempo....—
«Pasó sin que mi frente brillase con tu luz, Niágara undoso,»
que dijo Herodia.—¡Cuánto tiempo sin ver á V.! ¡Ha estado
V. fuera?—Así parece.—¿Habrá V. estado en París?—Sí, en Lu-
tecia, como dice D.^a Emilia Pardo.—¡Hombre! Yo también he
estado.—¡Me cayó encima la torre Eiffel! ¿Conque V. también
se ha permitido ese lujo, eh? Vaya, me alegro.—¡Ay, amigo, mío!
Aquello es abrumador.—Abrumador.—¿Qué boulevares! ¿Qué bul-
licio! ¿Habrá V. visto (ni que decir tiene) la torre Eiffel?—No,



Si debemos huir del fuego eterno,
¿por qué algunos maldicen del invierno?

(Dolora.)

señor, no la he visto.—¿Cómo? ¿No ha visto V. esa portentosa fábrica, la más empingorotada de cuantas ha construido el esfuerzo humano?—Así dice la guía; pero no, no la he visto.—¿Tunante! ¿Quiere V. tomarme el pelo?—No lo crea V.—Pues yo he subido hasta la tercera plataforma. Me costó un duro.—Es barato.—Por cierto que escribí mi nombre con un cortaplumas en uno de los cristales.—Y pasará á la posteridad. Porque ¡figúrese V. si durará la torre Eiffel!—Vea V., vea V., para que se convenza: «Tour Eiffel, Troisième étage. Souvenir de mon ascension, 1889.»—Dentro de diez ó doce años puede V. pedir por esa fotografía lo que se le antoje. No la tiré V.—¿Tirar? ¿Qué he de tirar, hombre!—Diga V., como en *Flor de un día*: «Aquí la guardaré toda mi vida!» Y qué más ha visto V. en la Exposición?—Tengo la cabeza hecha una olla de grillos.—Lo creo.—¿Quién diablos puede recordar aquel océano de cosas tan diversas? ¡Aquello es abrumador!—Ya lo ha dicho V.—La galería de máquinas! ¿Qué galería! ¿eh?—No la he visto.—V. se chanca. Como yo no entiendo de mecánica, aquí para inter nos, me quedé en ayunas. Recuerdo, sí, que todo se movía haciendo mucho ruido. ¡Valiente estrépito el que armaban aquellas ruedas! Todavía conservo un número del *Petit Journal* que me dieron allí, porque á todo el mundo le daban un número gratis.—¿Quién lo hubiera sabido, hombre!—He visto también la galería de Bellas Artes. ¡Cuidado con las esculturas aquellas! Lo que más me chocó fué la que representaba un gorila llevándose á una mujer. La boca de aquel animalucho la tengo clavada aquí (en la frente). Lo que, la verdad, me disgustaba mucho era que los letrados estuviesen en francés.—Es el defecto que tienen los franceses, que hablan y escriben en francés.—Figúrese V. que yo leía: «Defense de toucher» y me decía: Pero ¿qué querrá decir eso? ¿Defense de toser?—Vamos, á V. le pasaría lo que al portugués del epigrama de Moratin, ó al catalán aquel de la calle del Cairo que le decía á un egipcio: «Oye, ¿quieres franca y media por ese monigote?»—Algo de eso, algo de eso. ¿Qué riqueza en pinturas, amigo mío! ¿Se fijó V. en las cuadros de Alma Tadema?—¿Alma Tadema? Ignoro quién sea ese caballero.—El gran pintor inglés, hombre. Veo que está V. de mal humor.—Como siempre. Culpa de la ineptitud de los médicos y.... de la falta de dinero.—*Ramses en su harem*. ¿A que le gustó ese cuadro? ¡Vaya unas hembras! Creo que se llaman odaliscas, ¿verdad?—Eso dicen.—A ver si recuerda V.... la calle del Cairo. Dicen que esta hecha con elementos auténticos. Aquello es Egipto puro.—Claro. ¿qué quería V. que fuese? ¿Zaragoza?—Allí compré yo esta pipa. Véala V.—Muy bonita.—Y esta gorra.—Muy bonita.—Y este collar que, aunque no le usó, le guardo como un recuerdo.—Amigo, es V. un bazar andando.—Una cosa en que se fijaría usted.—Veamos.—En la historia de la habitación.—Me parece que sí, pero no estoy seguro.—La casa egipcia, la siria, la fenicia, la hebrea, la etrusca, la griega.... ¿qué se yo! Si aquello es un pueblo.—De todas esas casas, ¿cuál ha sido la que más le ha gustado?—Le diré á V., para mí, ninguna: como edificio.... la verdad, como yo no soy arquitecto....—Claro.—La Explanada de los Inválidos. ¡Ah! El Museo del Trocadero....—¿Ah!—¿Entró V. en la pagoda india?—No, señor.—Pero, hombre de Dios, ¿qué vio V. en la Exposición?—¡Yo! ¡Los *Watter-Clos*!—Pues, amigo, yo lo he visto todo. Ya no podrán venirme con mentiras. Antes, cuando oía yo hablar de París, me callaba como un idiota; pero ahora, lo que es ahora, ¡que me vengan á mí con embustes!—¿Y cuánto tiempo ha estado V. en París?—Poco; pero lo suficiente para verlo todo: una semana. He comido en todos los restaurants, que son carísimos. París es muy caro.—Nada de eso. A mí me costada la comida quince céntimos.—¿Cómo?—Comiendo. Y el tranvía, cinco céntimos, y la entrada en la Exposición, veinte céntimos.—Pero, hombre....—Por hablar con Sadi Carnot, diez céntimos, y así sucesivamente.—Pero ¿habló V. con Carnot, el Presidente de la República?—Sí, señor, por diez céntimos.—¿Lo que me he perdido! Además de la Exposición he visto el Museo del Louvre. ¿Qué Venus le Venus de Milo? ¿La vio V.?—Sí; por cierto que me trajo á la memoria los versos de un poeta á lo Gilo, que decía, refiriéndose á cierta dama:

«Y son tus brazos ¡ay! blancos y tersos
cual los de Venus, la de Milo, hermosa.»

—He visto *Nuestra Señora de París*, que es monumental.—Claro, si es un monumento.—Pertenece á la arquitectura.... vértical.—Ojival, querrá V. decir.—Eso, ojival. Cuidado con los metros que se gasta esa buena señora....—Sí, es muy elevada.—Fuí una tarde al Bos de Polonia.—¿Eche V. boás!—¿Qué retorcido es aquello! ¡Cuántas vueltas! ¡Cuántos árboles! ¡Y qué lago, amigo! Convida á bañarse. ¿Y qué me dice V. de las cocotas?—Las co.... ¿qué?—Las cocotas, ó como se diga.—¡Ah! Las cocotas.—Parecen unas marquesas.—Como que hay marquesas que parecen cocotas.

¿Y no se prendó de usted ninguna?—Ellas bien, que miraban; pero, ya usted sabe, cuando no se tienen torres ni monzones.... Vi también el Panteón. Allí estaba ese gran poeta.... ¿cómo se llama?—Victor Hugo.—Eso es, Víctor Hugo. Cuando baje á aquellos subterráneos, la verdad, no las tenía todas conmigo. ¿Y si se le apaga el farol al guía y me pierdo en estas cuevas? pensaba yo, temblando de miedo. Pero volvamos á la Exposición.—Será otra vez, amigo.—Es un decir. Una de las cosas que más me llamaron la atención, ¿á que no acierta usted cuál fué?—Si usted no lo dice....—Las fuentes luminosas. ¿Cómo diablos harían aquello?—Con cerillas, hombre; con aquellas cerillas francesas que son cirios pascuales....—Semejaban un baile de rubies y esmeraldas encendidos.—¿También usted *metafora*?—El agua, como una cabellera de erizadas luces, se arremolinaba y caía elegante y voluptuosa....—¿El agua voluptuosa? Allí V.—La torre incendiada también produjo en mí una admiración profunda. Parecía....—¿Otra *metafora*?—Parecía una pirámide de fuego....—Veo que es usted una fuente luminosa.... de símiles baratos.—Amigo, en cuanto realice lo poco que tengo, ¡á París!—V. morirá en el Sena, como el protagonista de la novela de Daudet.—A propósito del Sena. ¿Recuerda V. los vapores aquellos que nos dejaban en la Exposición? ¿Y qué turbio es el Sena, amigo!—(Este hombre se ha propuesto ahogarme....)—Veo que tiene V. sueño.—El trajín del viaje.—¿Vino V. en tercera?—No, señor.—Pues yo sí. No viaje usted en tercera, así le ofrezcan el oro y el moro. En el coche en que yo venía entró una mujer en cinta, con dos ó tres chiquillos y no se cuántos cestos y líos de ropa. El marido, apenas subió, sacó un martillo y clavó unos clavos. De un clavo colgó la capa; de otro, una alforja. Desclavó y volvió á clavar. Luego se echó, cuán largo era, sobre uno de los bancos, y á dormir como un cerdo. Uno de los chicos pellizcaba á la madre, y la madre le sacudía un manotazo, aderezado con su correspondiente salsa de ajos y cebollas. Luego se apareció una vieja con una cesta atestada de pollos. Ella, según nos contó, los había criado á la mano.—Yo viago de balde por esta línea, decía. Como mi difunto era maquinista.... Las cosas están muy malas; ya no se gana un ochavo.—Y V. ¿en qué se ocupa? la pregunté. «En cuidar los retratos....» No quiero contarle á V. la serie de ruidos con que nos regalaban á medianoche aquellas buenas gentes.—Íría V. muy divertido.—¿Divertido! Renegando de todo.—Bueno, amigo: basta de palique. Ya nos veremos.—Adiós.... ¡Ah! Se me olvidaba. ¿Qué quiere decir *tombola*, que lo veía escrito en todas partes?—Lotería ó algo así. Es voz italiana.—¡Ah! ¿V. *sortí*?—Que se vaya V. y me deje en paz, hombre.—Se gasta usted un genio....—Es lo único que puedo gastar. Vaya, abur. Dios de los cristianos, ¡sávanos de los viajeros de interjección, de los que viajan en tercera con billete de ida y vuelta!

FRAY CANDIL

QUISICOSAS

Conozco un Fortunato
que es pobre, enfermo, pequeñito y chato;
y sé de una Librada
que es coja, manca, tuerta y jorobada.
Tentóles, como á todos, el demonio
y les casó anteayer en San Antonio.

A la madre de Constelo,
que es sobrina de un abuelo
de un cochero de un marques,
le ha salvado una sangría
que le han hecho el otro día
entre dos y media y tres.

Nació don Agapito Novedades
en la ilustre ciudad de Valdemoro,
casó en Irún, por acercarse á Toro,
y murió en Ultramar, en Castro Urdiales....
No te asombres, lector, que en geometría
estoy mucho más fuerte todavía!

RAMÓN CABALLERO.

SONETO

Un artista de genio colosal,
en pobre y reducida habitación,
meditaba en su triste situación,
aquejado de un hambre sin igual.
A la luz de un candil fenomenal
vió el fruto de su ardiente inspiración:

un poco de laurel en un rincón
y exhaustos los bolsillos de caudal.
Obedeciendo al aguijón cruel
del hambre, dijo con ardor febril:
«Ni un bocado de pan... ¡Oh, suerte vil!»
Y, á falta de jamón y moscatel,
mató la luz, se merendó el laurel
y se bebió el aceite del candil....

FRANCISCO LÓPEZ VAN-BAUNTERGHEN.



¿Que en mí te ha salido un grano?
¡Y ayer te han visto con otro!
Es decir, con otro grano
que te ha salido en un ojo.

Así empieza un suelto de contaduría:
«En vista de la predilección manifestada por la mayoría del inteligente público que concurre al Teatro Español por las obras del teatro antiguo...»
¿Sí? ¡Dios les conserve á ustedes la vista!

En cierto libro reciente,
que á la gramática abruma,
dice el autor seriamente
que lo escribió á *vuela pluma*.
No soy yo quien desconfia
de que hable de buena fe;
pero ¡cualquiera diría
que lo escribió á *volapé*.

ÁLVARO ORTIZ.

Un anuncio:
«Señora sola cede gabinete y alcoba á una ó dos señoras.»
Total, tres señoras.
Con una más, tute de señoras.
¡Y ande el señorío!

—Allá en el huerto
cerca del agua
tengo dos patos
de plumas blancas;
¡los infelices
están sin patas!
—Pues hace poco
yo vi que andaban
tan tiesecillos
los pobres y hasta

llevaban ambos
cara de pascua;
pero no he visto
que cojearan.
—No; si á mis patos
lo que les falta
son hembras.
—¡Hombrel
¡Pues acabarás!

Z.

Tengo el placer de participar á ustedes que D. Eduardo de Palacio, que ha estado gravísimamente enfermo de pulmonía, nos ha hecho el honor de venir á saludarnos completamente restablecido.

Es desgracia la del escritor obligado á hacer gracia siempre. Nadie había creído grave la enfermedad que aquejaba á nuestro amigo. ¡Clarol, ¿se trataba de Palacio? ¡Pues sería broma!

Y en eso estábamos, hasta que ha tenido á bien presentarse, pálido y encajado, saludándonos con estas palabras:

—Señores: Ofrezco á ustedes mis respetos, ¡de vuelta de la tumba!

De actualidad:
—¿Vive aquí D. Jesús Arichequieta?
—Servidor de usted.
—Pues yo vengo comisionado por el partido fusionista del distrito á ver si puede usted darnos su voto en las elecciones de mañana.
—¿El voto? ¡Ah! pero ¿yo tengo voto?
—Sí, señor.
—Creo á usted bajo su palabra. Pero ¿quién lo ha pedido para mí?
—El comité.
—Muchas gracias. Y puesto que ahora veo que el comité se interesa dígame usted de mi parte que necesito una americana y un sombrero bonito.

—¿La señora marquesa?
—Ha salido.
—¿El señor marqués?
—Ha salido.
—¿El señor administrador?
—No ha venido todavía.
—Entonces, ¿quién me paga á mí esta factura de los muebles?
—¡Ah! ¿Era para eso? Pues hágase usted cuenta de que nos hemos muerto todos en casa.

Cuanto Madrid atesora
de elegante, se dió cita
en casa de la señora
baronesa de la Pira.
Tanto nos entretuvimos
con una dama tan bella,
que todavía decimos:
«¡Ay, mamá, qué noche aquélla!»

ALBERTO LOZANO.

Libros:

Frosa.— Colección de artículos de D. Manuel A. Banes. Un elegante tomo de 170 páginas. Precio: 2 pesetas.

La clausura del Teatro Español (exposición al Sr. Ministro de Fomento), por D. Luis París. Un folleto de 24 páginas.

Medicina popular, de George Black, traducida del inglés por D. Antonio Machado y Alvarez. Libro utilísimo, que acaba de dar á la estampa, con gran lujo, la empresa *El Progreso Editorial*.



Ha muerto en Alcalá de Henares, víctima de la difteria, á la edad de trece años, la niña María Jackson, hija de nuestro querido amigo y compañero D. José, á quien sinceramente acompañamos en su profunda pena.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. J. C.—Madrid.—Convengo con usted en que, como míseros mortales, estamos plagados de defectos, pero.... ¿quiere usted que le diga una cosa? Yo que usted no compraba el periódico.

Sr. D. B. P.—Sí, señor; siempre hubo coquetas y.... sonetos endebles *Paco*.—Usted no será mujer, pero versifica como si lo fuerde.

Euskaldun bat.—Estu baliyó.

Violeta.—Esta oricé.

K. Labana.—Tengo que dárselas á usted.

Gotera.—Eso encajaría perfectamente en un periódico formal.

Lope López.—Y digo lo mismo. ¡Esta semana estamos bien de sonetos!

Zoraida.—Os advierto ¡oh distinguida mora! que las quintillas y las cuartetas no son cantares.

Sr. D. E. R.—Melilla.—Siento decirle que no es publicable tampoco.

P. Lo T. Ra.—¡Cielo santo, qué porquería!

Sr. D. J. G.—Alicante.—Tampoco sirve. ¡Caracoles! ¡Si es que no tiene usted cuidado con las sílabas! A los versos

«Y usted nos dice es usted listo,

pero esa forma, voto al diablo»

les falta una á cada uno. Porque no tienen más que nueve, y sus compañeros tienen diez casi todos.

Laliguillo.—¡Paz á los muertos..., ¡y á los chulos! sobre todo no acertando con el natural.

Torbellino.—Rematado.

D. Burea.—Sí, y D. Broma, ¿no es eso?

Sr. D. A. G.—Madrid.—Ni chicha ni limoná.

Patatero.—Peca de larga, y descuida usted el ritmo con lamentable frecuencia.

Cominero.—¿A usted le parece poesía? ¡Pues soy disidente!

Aparpa.—Primer verso:

«Nací joven, pero muy joven.»

¡Vaya! y con una sílaba de más.

Sr. D. M. R.—Madrid.—Pues mi parecer es que casi todos los versos son asonantes, y eso no tiene gracia.

Sr. D. J. N.—Barcelona.—Dejen ustedes á Zúñiga que haga esas cosas él solito. Es mejor.

Sr. D. F. R.—Sevilla.—Esto de que, sin querer, le salgan á uno los versos largos....

Sr. D. A. M.—¿Qué demonio! El asunto es bastante vulgar. *Contra-tiempo y tiempo* son consonantes, ¿quién lo duda? pero ¿no son demasiado consonantes?

Un colegial.—¡Cuando digo que esta semana llueven sonetos y que ninguno sirve!

Melú.—¡Foco di Díol! ¡Abusati de il Dardanello!

Fray Palmeta.—Bueno; pero ¿no comprende usted que, por ejemplo, el verso «una afección eterna é indisoluble» es prosa pura?

Sr. D. A. M.—Madrid.—¿Con qué ha escrito usted eso? ¿Ha sido con agua de Carabaña, por casualidad?

Comisela.—Sabad, vecinas, que hay quien se pone á versificar sin entenderlo.

Sr. D. F. G. C.—Versifica usted con facilidad. Pero ¡los asuntos!

Falsetas.—Es muy bonita. ¿Es de usted, bajo palabra de honor?

Narciso del Rosal.—La composición es tan cursi como el pseudónimo, y creo que me explico.

Sr. D. A. G.—Madrid.—Los originales se conservan en la imprenta para los efectos consiguientes....

Cascabullo.—Lo que hay es que se ha publicado aquí mismo una composición, creo que de Silva, muy parecida á ésta.

¿*Vouslez-vous le seing?*—*Kataplásmo*.—J. M. y otros.—Dispensen ustedes. No se puede contestar siempre á todos. Pero se entiende que los versos no son publicables.

UN FILOSOFO



Resulta que el hombre es ceniza. Se las echa de rey de la creación, y á lo mejor le salen sabañones en las orejas.

Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 centimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera izquierda

Teléfono núm. 2.160.

DETALLE: TODOS LOS DIAS, DE DIA A DIA

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIGESIO DELGADO

DESIGNO DE CALLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, GARCÍA Y VALLE

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela*.—A los suscriptores, 15 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ALBUM DE 30 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, tanto por correo como en mano.